



VII

El «hombre rojo».

En el ángulo que forma la sierra de Gudar, hacia Mosqueruelo, al Oeste de Peñagolosa, yérguese sobre la roca viva un castillo antiquísimo que domina las cumbres como nido de águilas, y cuyas primeras hiladas atestiguan datar de la época romana. La torre que todavía quedaba en pie á principios del siglo XVIII fué construída, según la tradición, por el valí moro de Zaragoza, Abu-Giafar, y todas sus piedras fueron alguna vez bañadas en sangre. En el patio principal existía una cisterna en la cual por los años de 1350 arrojaron los asaltantes del castillo en horrible confusión, vivos y muertos, al alcaide de la fortaleza, á sus escuderos y hombres de armas, mujeres y niños, tapándola con una losa que desde aquella fecha nadie osó levantar.

Muchas leyendas circulaban acerca de aquel lugar, y mientras existió la *Torre Maldita* todo buen cristiano se santiguaba tres veces al pasar ante aquella fábrica de piedra que pregonaba el poder del Islám en la región. En la época en que acaecieron los sucesos que estamos narrando gran parte de las murallas y varias construcciones accesorias de la antigua fortaleza se habían derrumbado al valle: sólo la torre, con lo que tenía adosado á sus muros de granito, permanecía en pie, y de ella un ala no completa de amplios salones resultaba habitable y habitada.

Con efecto; pocos años antes del en que comienza nuestra historia había hecho su habitación de aquella parte de la torre un desconocido, un anciano, una ruina viviente que se apegaba á aquella ruina de los tiempos. Nadie le disputó el derecho de cobijarse allí, pues nadie podía reivindicar la propiedad de tan lúgubre madriguera. Sin embargo, era voz corriente en el llano que aquel viejo había vendido su alma al Diablo y que la mejor noche desaparecía entre azufre y llamas, al mismo tiempo que la torre entera.

Como se ignoraba quién era y de dónde procedía, como no tenía parientes ni amigos, como no dirigía nunca la palabra á nadie, y como co-

rían tales rumores sobre él, las gentes esquivaban su presencia y no se preocupaban de lo que pudiese sucederle. Á veces veíasele vagar sobre la parte de muralla existente, otras se distinguía su flaca figura destacándose en lo alto de la torre y dibujándose en lo azul del firmamento en actitud de contemplar ó estudiar las estrellas.

Cuando tal sucedía decíase que estaba haciendo conjuros, y todos huían lejos de la órbita á que podían alcanzar sus miradas.

No se sabía cómo ni de qué vivía; no se veía subir á nadie á aquellas ruinas, y, sin embargo, á veces, de tarde en tarde, surgía junto á él, y se la veía tal cual noche de Luna, una mujer, una joven con trazas de gitana, sin que se supiera por dónde había entrado ni por dónde salía. Los dos entonces hacían muchos gestos, extendían los brazos á Oriente y Occidente como mostrándose las constelaciones.

Las buenas comadres de la llanura estaban convencidas de que la gitanita era bruja, y nadie hubiera querido tropezársela en el camino, por miedo de que le hiciese mal de ojo. Corrían rumores de que aquellos dos seres proporcionaban venenos, hacían conjuros y sortilegios, y causaba muertes, desgracias y enfermedades. No se moría un niño ni una cabra en los alrede-

res sin que se achacara la muerte al solitario de la *Torre Maldita*.

Tal estado de cosas no podía durar, y un día los hombres, impulsados por las mujeres, decidieron subir al nido de aquel buho y desalojarle de allí y del país una vez para siempre. Resueltos á ello escalaron las peñas. El anciano los vió subir sin inquietud alguna. Cuando con los pomos de las dagas, los pies y las manos llamaron á la puerta con estrépito enloquecedor, el solitario acudió á abrirles. Era un hombre de aspecto venerable y digno, que tenía cabellos blancos. Apareció tranquilo y desarmado, les mostró con el dedo el pueblo, y dijo con voz sonora en que se vislumbraba cierto hábito de mando:

—Volveos á vuestras casas, y dejad en paz al que vive en la gloria de sus hechos pasados, en la torcedora angustia de su vida aniquilada. ¡Idos!

Y les volvió serenamente la espalda, internándose en su albergue con paso lento y sin curarse de cerrar la puerta. Los aldeanos no se atrevieron á seguirle, y bajaron al pueblo cavilosos, confusos, casi avergonzados. Las mujeres los aguardaban ebrias de curiosidad.

—¡Dejad en paz á ese hombre! ¡Que nadie se cuide de él! ¡Valdría más!—dijo el más anciano del pueblo por vía de consejo.

Y todos le siguieron, aunque nadie quedó muy convencido de que se tratase de un hombre bueno é inofensivo.

El objeto de aquella abortada rebelión, el anciano de las ruinas, era un grande de España, don Pedro Gómez de Carvajal y Valedira, que por línea femenina descendía de *Ibun-al-Ahmar* (el *Hombre Rojo*), califa de Jaén hacia mediados de la décima tercera centuria. Se había batido por distintas tierras y regiones, y por haber hecho armas contra el francés á favor del Archiduque en la guerra de Sucesión, al triunfar el Borbón, Alberoni le había desterrado de España y confiscado sus bienes. Sin embargo, el noble don Pedro, estimado por sus iguales, altivo y digno, se retiró á aquellas ruinas de sus antepasados, que el Cardenal no se curó de arrebatarle: las del antiguo castillo de Gudar.

La que tan misteriosamente iba á verle era su hija, fruto de sus amores con una gitana escocesa, que al morir su madre en las montañas del Pirene le dejó por única herencia su belleza, una sortija de oro que había recibido de don Pedro y el nombre del autor de sus días, con el encargo de buscarle y hacerse conocer de él. Llamábase Mariquita, y era la misma que sostuvo la antorcha en el épico combate de Pancorbo, la que se alió hacia diez días con Lagardère, y la

que Chaverny encontró en las cercanías de Segovia.

Al ser desterrado su padre la hija le buscó, se dió á conocer, y le presentó el anillo. Sin vacilaciones ni recelos don Pedro abrió los brazos, Mariquita se precipitó en ellos, y se estrecharon conmovidos. Desde entonces á intervalos regulares iba la joven á visitar al anciano, á consolarle y á manifestarle su filial cariño. Habíase arreglado con una anciana de la tierra, antigua amiga de su madre, para que le llevase víveres y cuanto necesitara. El aristócrata pagaba generosamente á la una con el poco dinero que pudo salvar del naufragio, y con su cariño y sus besos paternos á la otra, y se consideraba casi feliz en su soledad.

Un día que se hallaba intranquilo porque la visita de su hija se retrasaba ya en más de cincuenta horas, y que, lleno de inquietudes y de impaciencia, tan pronto lamentaba que Mariquita no quisiese vivir con él como se hacía cargo de que en aquella soledad y aquellas ruinas se marchitaría pronto su juvenil belleza, llamaron á la puerta por donde se entraba cuando se subía por el valle. Ni su hija ni la vieja Concha podían ser, pues siempre iban por la escalera de la torre que daba á la sierra. Sin conmoverse y con su andar tranquilo y pausado fué á abrir.

Era un desconocido, que al verle se quitó el sombrero.

—¿Á quién pertenece este castillo?—preguntó el recién llegado después de saludar atentamente.

—Yo soy el propietario de estas ruinas—respondió el español.—Pasad si queréis descansar un instante: os daré hospitalidad; pero advirtiéndos que es muy poco lo que puedo ofreceros en mi pobreza. Los dos hombres se contemplaron un instante: el uno con mirada franca y leal, el otro con mirada investigadora y suspicaz.

—Gracias—dijo el desconocido:—sólo quiero decir os cuatro palabras. ¿Queréis venderme esta finca? Os pagaré doble de lo que vale.

—No—repuso don Pedro.—Mi cuerpo, viejo como estas piedras, está ya muy gastado para nuevas andanzas. Esta torre servirá de tumba á mis huesos.

—¿Cuánto queréis? Poned vos mismo precio.

—¡Nada! ¡Es inútil! Las puertas de esta casa sólo se abren para vos á título de huésped. ¿Á quién tengo el honor de hablar?

—Soy Peyrolles, mayordomo de monseñor Felipe de Mantua, príncipe de Gonzaga.

El español meditó un instante.

—Conozco ese nombre—dijo,—aunque no vi nunca al que lo lleva. Pero esta guarida no pue-

de convenir á un príncipe: ¿Para qué quiere comprarla?

—No es para él.

—Si tenéis la bondad de explicaros...

—Monseñor Gonzaga quiere alojar aquí por algún tiempo á dos damas jóvenes y bellas. Una, cuya salud le es muy preciosa, hállase gravemente enferma: necesita reposo absoluto, aire libre, aislamiento, cosas que no puede hallar en las posadas de los lugares vecinos. Está ahí cerca, en Peña del Cid, y no podemos trasportarla más lejos por su estado de salud. Eso es lo que ocurre: se trata de su vida.

Don Pedro reflexionó un instante, y luego murmuró como si hablara consigo mismo:

—Estoy solo aquí, y hay espacio para diez personas. Sería culpable si cerrara mi puerta á una enferma.—Y agregó con tono natural:—Si consideráis que una permanencia de algunas semanas aquí puede serle conveniente y provechosa, podéis trasladarla.

—Muchas gracias.

—Pero entendámonos. ¿La cuidarán los que la acompañan? ¿Quién será responsable de ella?

—Yo, caballero. Para asistirla vendrá el médico, para atenderla tiene una compañera, y para servirla vendrá una criada.

—Es demasiada gente para mi soledad, que

me es muy grata, y en cualquier otro caso os contestaría con una categórica negativa; pero se trata de una mujer que sufre, y me inclino siempre ante el sufrimiento. Seguidme, para que veáis si los salones desnudos que puedo ofreceros son dignos de recibirla.

Con maneras de gran señor que sorprendieron á Peyrolles le condujo á un departamento compuesto de tres ó cuatro salas que estaban en buen estado y tenían ventanas á la llanura. Las paredes desnudas estaban encaladas; los muebles, en no muy buen estado, así como varios objetos, revelaban un antiguo lujo: todo ello como barnizado de alegría por los risueños rayos del Sol.

—¡Perfectamente! Lo que falte, ya lo traeremos.—Y sacando una bolsa llena de oro, se la ofreció al caballero, diciéndole—Ahí tenéis como pago del alquiler. Vos diréis, si no os parece bastante, cuánto más hay que daros.

El español rechazó el dinero suavemente.

—Tendréis que proporcionaros lo necesario para comer y demás exigencias de vuestra clase: en tal sentido, no puedo ofreceros absolutamente nada. Mi vida aquí es la de un cenobita.

—Razón de más para que no rehuséis esta remuneración por el trastorno, ó por lo menos la incomodidad que os cansamos.

Ante esta insistencia la voz del anciano se hizo casi dura.

—No quiero admitir nada, caballero: creía habérselo dado á entender suficientemente claro.

El factótum de Gonzaga hizo un gesto de asombro:

—Servíos dispensarme, señor caballero—dijo, dominado á pesar suyo por el aspecto de nobleza y dignidad del anciano;—pero como ignoro á quién tengo el honor...

—Mi nombre importa poco. Dispensadme si lo reservo. Lo importante es que podéis disponer para vuestra enferma de esas habitaciones en el momento que os plazca.

—Dentro de un par de días, probablemente. Creed, señor, en el sincero agradecimiento de monseñor de Gonzaga por lo que hacéis en su obsequio.

—No lo hago por él, y hace mucho tiempo que aprendí á no contar para nada con el agradecimiento de los hombres.

Peyrolles se inclinó, despidióse y salió, muy excitada su curiosidad por conocer quién era aquel misterioso personaje; pero todas sus pesquisas á un lado y otro de la sierra fueron infructuosas para identificar al venerable anciano. Ya sabemos que la residencia en la *Torre Maldita* fué anunciada oficialmente por Gonzaga á

doña Cruz. Al Príncipe le contrariaba algo que el propietario de aquellas ruinas no se las cediese en toda propiedad. Aquel nuevo personaje, á quien se veía obligado á dejar entrar en su juego sin conocerle, podía ser tanto más peligroso, cuanto que callaba su nombre y ocultaba su vida.

—Me parece un hombre noble y leal—le decía Peyrolles.

—¡Como no sea un taimado canalla!—replicó el Príncipe.—Y creo que lo preferiría: habías de hacer mejores migas con él si se te pareciera. ¿Qué sabes tú de tratar á gentes rectas, honradas y leales?

Estaba de mal humor, y se desahogaba con su factótum.

—¡Bah!—insinuó éste con tono cauteloso.—Si no nos llevamos bien, conozco el modo de evitarlo. No se discute si no hay por lo menos dos personas.

Gonzaga comprendió perfectamente. Como no había tiempo para buscar otro refugio, no protestó, y confiando en su factótum, se fué á buscar á sus secuaces y se dirigió con ellos á Madrid.

—Vela por ella, y desconfía de ese hombre—le advirtió al despedirse.

—Contad conmigo, monseñor—fué la respues-

ta.—Antes de muchos días la plaza estará limpia, y Peyrolles será el único señor de la torre.

Al prometer esto el factótum no contaba con lo que algunos llaman el azar, y los más la Providencia.

Al día siguiente llegó un médico mandado á buscar á Albarracín, más charlatán que facultativo: un sacamuelas y sangrador. Poco más ó menos, así eran todos ó casi todos los de aquella época. En Francia Garus había dado su elixir á la duquesa de Berry para curarla, prohibiéndole que se purgase, so pena de convertirse el elixir en veneno; Chirac, médico de cabecera de la Duquesa, no lo entendió así: la hizo purgarse, y la hija del Regente murió á los veinticuatro años.

El de Albarracín ordenó inmediatamente á la de Nevers una sangría y una purga. Los que no procedían así, eran calificados de empíricos.

En el estado de debilidad en que se encontraba Aurora, tal prescripción era casi asesina. Doña Cruz se opuso á ella terminantemente, y Peyrolles, comprendiendo la razón, la apoyó:

—¿Puede ser transportada sin peligro hasta aquel castillo?—dijo enseñádoselo por la ventana.

—¡Sí, sí! No hay que dudar. Puede, puede; pero ante todo conviene sangrarla.

—¡Vete al Diablo con tus lancetas y tus purgas, bellaco!

Y el mediquillo, bien pagado, tuvo que volverse á su casa. Había contado con un mes de asistencia facultativa, y su visita apenas duró un cuarto de hora.

Al día siguiente, ya dispuesto el alojamiento, Aurora de Nevers fué trasportada á la torre sobre un colchón por diez gañanes. D. Pedro la aguardaba, y la recibió sombrero en mano. Aquella damita tan pálida y tan bella removi6 toda la ternura existente en el fondo de su corazón, y se propuso quererla como á su hija, aun ignorando quién era y de dónde venía. Flor, que le creía hechura de Gonzaga, le miró con cierta altivez hostil; pero al cruzarse sus miradas francas y leales disipáronse los recelos de la gitana, que se inclinó ante el noble anciano.

Una hora después la Duquesita dormía profundamente en su lecho, instalada con su amiga en un vasto salón del primer piso de la torre sarracena. Sentada á la cabecera la gitana reflexionaba, mientras los rayos del Sol, filtrándose por los vidrios emplomados de las altas ventanas, acudían risueños á besar la frente de las dos gentiles prisioneras.

En tanto Peyrolles, en la habitación que le había reservado el propietario de la Torre, se fro-

taba las manos satisfechísimo, murmurando con placer:

—¡Unos mesecitos de descanso en esta Tebaida me sentarán admirablemente! Sobre todo, después de las agitaciones y trastornos de estos últimos tiempos. Mi misión aquí es sencilla y fácil. Suceda lo que quiera, aquí estoy bien seguro y libre de peligros, de tormentos y de estocadas.

Procedió luego á un sumario tocado y fué á buscar á su huésped. Hacía mucho tiempo que no se sentía tan alegre y satisfecho. La arruga habitual de su frente, indicio de sus cavilaciones y del temor á tropezar con la espada de Lagardère, casi había desaparecido. El anciano hallábase en el patio desmigando pan para dar de comer á las aves, algunas de las cuales acudían piando á quitarle las migas de la misma mano.

—Este hombre—pensó—debe de tener muy tranquila la conciencia. Habrá que tener mucho ojo y vigilar á un hombre tan recto para impedir que se entere de nuestras cosas.

Al oír el ruido de sus pasos don Pedro volvió la cabeza.

—Caballero—dijo Peyrolles,—os sorprendo en una ocupación que demuestra vuestra bondad: esto me anima á haceros una demanda.

—Dignaos explicaros.

Don Pedro sentíase aquel día mejor dispuesto



El anciano hallábase en el patio desmigando pan para dar de comer á las aves.

aún que de ordinario á conceder cualquier favor. Estaba contento y satisfecho por haber acogido bajo su techo á una pobre avecilla enferma. Sin embargo, un pensamiento le asaltó:

—¡Pobre chiquilla! ¡Parece una palomita á quien han quebrado las alas! Pero ¿quién será el miserable?...

Miró atentamente á Peyrolles, cuya expresión hipócrita y falsa le desagradó, y se dijo:

—¿Será ese Gonzaga? ¿Será este pajarraco?

—Estoy encargado—prosiguió sonriendo el mayordomo—de todo lo concerniente á las personas á quienes os habéis dignado dar hospitalidad, y no puedo hacer nada si no me auxiliáis. Vos que dais de comer á las aves del cielo, ¿no podríais indicarme alguna mujer que nos impidiera morirnos de hambre?

El español esbozó una sonrisa.

—¿Por cuanto tiempo la necesitáis?

—Por dos ó tres días: el tiempo necesario para buscar una criada por estos alrededores.

—¡Conchita!—llamó el anciano; y la buena mujer, que hacía un momento que había llegado y se disponía á marcharse huyendo de aquella invasión, acudió.

Don Pedro le dijo algunas palabras en voz baja, y la invitó á ponerse á las órdenes de Peyrolles. La vieja serrana compartía la antipatía del

noble señor hacia el extranjero, cuyo semblante no le parecía leal y honrado; pero sin hacer observaciones fué á preparar la comida.

El factótum se deshizo en manifestaciones de agradecimiento, de las cuales su huésped no hizo caso alguno. Sin embargo, aquello aumentaba el misterio que rodeaba al solitario de la torre. Mientras tanto éste pensaba que quizás se ocultaba un drama en la enfermedad de aquella doncella tan hermosa y simpática, y ocurriósele que si habían de poner á alguien como enfermera, valía más que esa persona fuera honrada y de confianza y colocada por él mismo. Los corazones leales y generosos tienen á veces intuiciones de esa índole.

—Mi hija está en Pamplona—dijo al mayordomo de Gonzaga;—pero la aguardo de un momento á otro. Si no queréis buscar ó no encontráis una asistente para la enferma, en cuanto llegue se pondrá á vuestra disposición.

—Os lo agradezco mucho, caballero; pero vuestra hija no es de calidad para servir á nadie, por alto que sea, si he de juzgar por lo que es su padre. No permitiré que se rebaje á menesteres caseros.

—Estáis en un error—interrumpió con tono glacial el anciano.—Mi hija es una gitana.

—¡Cómo!—exclamó estupefacto Peyrolles,—

Pero vos... Yo hubiera jurado que erais más que un hidalgo; un caballero, un noble.

—Los caballeros no deben tener sangre judía ó mora en las venas, y yo desciendo de un califa andaluz: *Ibun-al-Ahmar*.

—Pero ¿sois?...

—Un grande de España, si queréis; pero no os preocupéis de buscar mi nombre. Llamadme *El Hombre Rojo*. He vertido mucha sangre con mis manos, y creo que aún tendré que derramar más.

